

bres que han de expresar, como al porvenir convenga, la vida de ellas.

\* \*

Hubo necesidad de volver a decir cuán lejos de tan elevada situación está todavía nuestra Escuela Normal, la que, por ahora, con dificultad alcanza a tener la visión de sus elementales problemas. Se les habló a los jóvenes de que deben salir de las aulas a las aulas, a luchar tenazmente en pro de estas distantes conquistas. Lucha noble, lucha heroica, lucha incesante, pero lucha. No conformismo. No pasividad. Si para que la lucha tenga un escenario digno de su importancia es preciso ascender a las alturas del Poder Público, ¡que asciendan los jóvenes! Lo cual no presupone, como se ha querido creer, nada que diga relación con bandería de politicantes, pues lo importante no es el Poder, sino el gobierno, y el gobierno puede hacerse desde la llanura. Sin contar que lo más honesto, por lo común, es no aspirar al ejercicio del Poder. Mas, si los jóvenes sueñan con él, que se preparen, con tan sería, con tan levantada preparación, con tal anhelo de servirle a su país, que en sus manos el Poder deje de ser prebenda para convertirse de verdad en institución. La juventud intelectual aspira a dirigir los destinos del país. Está bien. Tiene el derecho, pero debe estar segura de poseer la preparación. Las leyes, por sí solas, desgraciadamente no la dan. Y estas palabras, ni entrañan reproche, ni entienden afirmar razones procedentes de móviles personalistas.

El más grande yerro de nuestras orientaciones, estriba en imaginar que el aprendizaje de leyes comporta de necesidad la preparación intelectual que el estudio de los problemas sociales exige. Ni la intelectual, ni menos la moral que la acción cívica requiere y que resulta de consagrar la vida, siquiera modestamente, al cultivo de un lote de intereses nacionales.

Juventud intelectual son también los maestros de escuela que, sin títulos ostentosos ni afán de publicidad, elaboran en la colmena de las aulas mieles de cultura y de civismo. Y mal hacen los intelectuales al olvidarlos; y mal hacen los maestros en dejarse postergar. Y ustedes, les decía yo a los jóvenes, conviene que reconozcan su derecho a formar parte de una más amplia juventud intelectual. Como conviene que conciban el deber de renovar el sentido de la intelectualidad en la juventud, exaltando, hasta elevarla a plena luz, la fuerza, ahora retenida, de los motivos puramente espirituales. Los altos motivos de acción de hombres y pueblos. Contra las ambiciones, las aspiraciones. Contra las conveniencias, los ideales. Contra las ficciones, las realidades. Contra la búsqueda de honores, la conquista soberana, a través de nuestra propia vida, del dominio de aquellas altruistas determinaciones del espíritu que se nutren con sangre de sacrificio.

\* \*

Salgan a luchar, ustedes y los alumnos de

todos los colegios, sin ánimo de rivalidad que los divida, sino con ansias fraternales que los asocien y vigoricen. Y únense a los que salieron antes de las aulas y ya recorren el largo camino. La lucha que los espera atesora tras el dolor del combate, bellas glorias ávidas de coronar la frente de un hombre superior. Si al gobierno han de llegar, allá vayan, con grandeza. Si la única manera de operar la mutación de las circunstancias de que aparece rodeada la situación del país, es llegar al gobierno, hasta a él lleguen, a fin de probar si así, en manos de maestros, ascienden las escuelas a ocupar la posición de gloriosa preeminencia a que están destinadas.

Pero rompamos la ilusión de que los gobiernos, por ser gobiernos, poseen los dones de cuyo ejercicio depende la sabia dirección del país. Los gobiernos, como lo están ahora para dirigir la educación, están incapacitados para dirigir la opinión pública. Cuando más, pueden reflejarla tan mal como un espejo roto. Falta conciencia cívica en las masas. Faltan ideales de nación. Faltan propósitos de construcción social. Falta patria, que es alma, en el concepto de Renán, y no nos engañemos acarreándonos la deshonra de ocultarlo. Desdichado patriotismo, apenas propio para satisfacer los convencionalismos de la intriga aldeana, el que para amar miente.

\* \*

También en el país hay voces privilegiadas que concitan a los maestros al combate definitivo por la luz. Oiganlas los jóvenes. Y cito a don Ricardo Jiménez, dije, pensando en el varón de alto pensamiento y en el ciudadano eminente.

Contra el cuartel, ha dicho hace poco, repitiendo la antítesis, la escuela.

Sí, contra el cuartel, la escuela. Y el cuartel en Costa Rica, no es la casa de las armas, sino un estado de espíritu, amenazante y cruel. Hay que ir contra el espíritu cuartelario, presente dondequiera que la fuerza o el subterfugio traicionen al derecho o atenten contra su predominio, y dondequiera que la libertad del pensamiento sufra coacción o menoscabo.

Cuartel es el egoísmo con que se discuten los problemas económicos. Cuartel es la avaricia que le roba oro a la empresa de cultura. Cuartel es el dogmatismo. Cuartel

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

*El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.*

El Editor del REPERTORIO

es la ignorancia. Cuartel es el fraude político. Cuartel es la escuela misma si encadena al hombre.

En nombre del cuartel se quiere derruir la segunda enseñanza, defendida, con frase que lo honra, y que no mencionaría, si no lo creyera, por el señor Presidente.

Encontrarán ustedes el error de que una Escuela de Agricultura salvaría al país. Que la haya, no importa. Pero sólo servirá para decorar con diplomas a los hijos de los ricos. Educación agrícola, sí, pero eso es otra cosa. Y educación higiénica también, y educación industrial y educación cívica, pero todo como obra de una escuela común más amplia que la que poseemos.

\* \*

Se debe analizar, audazmente, a todo fondo, la opinión de tantos hombres que influyen con su criterio en el establecimiento de normas de conducta política. Escudriñen los jóvenes esos pareceres, sin temor y descubrirán que muchos de los ídolos del corrillo y de la antesala pre-eleccionaria, son sin duda hombres honorables y de méritos en el orden de sus actividades, pero los cuales, inflados por la adulación, cobran, a base de alto coturno, proporciones excesivas e incurren en el pecado de opinar, a gran orquesta, con tono de sentencia inapelable, sobre muchos problemas que no han estudiado seriamente.

No se dejen seducir los jóvenes, ni por el yerro extraño ni por el propio; y muéstrense dignos de inspirar algún día ellos la fe que a otros nieguen.

En el campo de la educación algo semejante sucede. Todos conocen el problema, unos porque estudiaron leyes, otros porque tienen fincas. El campo es inmenso, los surcos tienen sed y hambre de simiente. Hasta ahora, unos pocos hombres han arado y sembrado, algunos eminentes. Algunos han obtenido cosecha envidiable. Mas queda, para los jóvenes, mucho que hacer, y desventurados serán si se conforman con ir a repetir lecciones en una aula. Hay que crear. Hacer algo más, siquiera insignificante. Está casi todo por hacer. Estamos en la época de las opiniones personales y urge llegar a la época de las organizaciones técnicas. Técnica con vida, de creación y no de rutina, de ciencia y no de prejuicio. Estamos en el plano de la imitación, y hay que ascender al plano de la creación. Estamos en el plano de las desordenadas vacilaciones, y hay que ascender al de las construcciones firmes. Prepárense los jóvenes, con tesón, con ardor, con persistente decisión de victoria.

\* \*

Se les dijo de cómo crear algo por pequeño que sea. De tener todos confianza en sus fuerzas y de sentirse aptos para realizar al menos un esfuerzo humilde. Que hagan sonreír a un niño, porque lo hayan hecho sentirse dichoso, ya sería una obra, humildísima es cierto, pero comunicada interiormente y en lo superior, con aquel espíritu